

Las ONGD en el norte. ¿Un compromiso limitado en cómodos plazos?

Gabriel Pons

Dentro del remolino de cambios que nos ofrecen los tiempos la pobreza del Sur permanece. El neoliberalismo ha vencido y la única resistencia que encuentra es la de los movimientos antiglobalización. La erradicación de la pobreza queda en manos de algunas organizaciones internacionales, de la ayuda oficial y de las ONGD. El trabajo de estas organizaciones consiste en analizar las aportaciones sociales con el fin de mejorar las condiciones de vida de los pobres. Su ideología recorre un espectro desde las teóricamente más revolucionarias a las más reaccionarias. Su trabajo va desde lo meramente paliativo, atacar los efectos de la pobreza, a lo propio del desarrollo sostenible, erradicar las causas de la pobreza. El reconocimiento del alcance limitado de los proyectos como instrumento de cambio ha promovido el surgimiento del trabajo de incidencia. Se impone cada vez más un encuentro entre las ONGD y los movimientos sociales antiglobalización.

Dentro del remolino de cambios que estos acelerados tiempos nos ofrecen, la pobreza del sur permanece. La inmigración es su cara visible en los países ricos mientras los telediaros se encargan de ofrecer una visión breve y simplista de lo que pasa en los países pobres, guerras y sequías

entre noticias de fútbol y crónica rosa. El neoliberalismo ha vencido encontrando sólo la resistencia en algunas zonas por parte de los mal llamados movimientos antiglobalización, a los que sería mejor llamar anti-neoliberales, cada vez más fuertes pero sin ningún poder si los comparamos con los gobiernos elegidos por las mayorías satisfechas.

La erradicación de la pobreza queda en manos de algunos organismos internacionales, de la ayuda oficial cada vez menor, y de las ONGD¹. Estas últimas canalizan la aportación que la sociedad ofrece, desde hace ya muchos años, para intentar mejorar las condiciones de vida de los pobres. Hay ONGD religiosas, políticas y sindicales, corporativas (formadas por profesionales de la salud, la educación y otros sectores) o procedentes de los Comités de Solidaridad de los años 80, cada una ubicable en una parte del espectro ideológico, desde las teóricamente más revolucionarias a las más reaccionarias. Dentro de esta oferta se puede encontrar gran variedad de tamaños. Desde las grandes ONGD con más de cien mil asociados y personal profesional hasta las ONGD pequeñas con gente voluntariosa y dedicada que se dedica con más empeño que acierto a combatir la pobreza en los países del sur. La actuación de unas y otras no está exenta de polémica, pero en los últimos años el crecimiento del sector muestra la aprobación que encuentran en la sociedad.

¿Qué ofrecen al público? ONGD paliativas o reformadoras

El papel desempeñado por las ONGD en la sociedad del norte es tan variado como la diversidad de sus orígenes e ideología. Es difícil hacer una clasificación rigurosa, puesto que su comportamiento no siempre coincide con su situación dentro del amplio espectro ideológico. Las formas de actuar se reflejan tanto en la ejecución de proyectos como en las acciones de educación para el desarrollo, que son los dos grandes grupos de actividades a las que se suelen dedicar. Las diferencias principales se encuentran en los objetivos y no son absolutas. Encontramos más ONGD progresistas que tienen como objetivo el cambio de las estructuras económicas injustas y promover el desarrollo sostenible. Esto no suele ser una prioridad de las ONGD de la derecha porque su idea tradicional es

¹ Organizaciones no Gubernamentales para el Desarrollo.

que siempre habrá pobres, por lo que a estas últimas es más frecuente encontrarlas ejecutando proyectos asistenciales o apadrinando niños, trabajos en los que no es necesario intentar cambiar aspectos fundamentales en la estructura económica del mundo. Sin embargo, no siempre es posible identificar ideológicamente a la organización por el tipo de trabajo debido a que su forma de actuar es la misma: religiosas, sindicales o pertenecientes a partidos, casi todas se dedican a ejecutar proyectos.

*la característica común es que
se ocupen de lo que cualquier
estado rico haría por
sus ciudadanos*

Tenemos, pues, por un lado, unas organizaciones paliativas que se centran en trabajar para aliviar las consecuencias de la pobreza. Lo que podemos ver suele ser apadrinamiento de niños, curación de enfermos o reparto de comida. Esta actitud ha aumentado en los últimos años coincidiendo con las posturas más conservadoras de la sociedad². Estas ONGD muestran al público en prensa o en televisión niños de caras tristes o enfermos de lepra, catástrofes estremecedoras o imágenes de refugiados. Sólo unos pocos anuncios han tenido a la justicia como tema. Ofrecen al público un lavado de la mala conciencia por el bienestar del norte además de objetos para ser amados, tal como muestra una campaña de publicidad de apadrinamientos: «Le querrás como a un hijo». Los apadrinamientos no son un mal método. Si, poniéndonos a hilar fino, buscáramos lo que ofrecen para el desarrollo de un país, tenemos que estar de acuerdo en que un niño educado podrá hacer más por el desarrollo que uno analfabeto. Pero eso es todo lo que ofrece para cambiar las estructuras: lo que ese niño pueda hacer o no en el futuro. La labor que de educación para el desarrollo realizan los apadrinamientos en el norte es casi nula.

Otro tipo de labores asistenciales típicas de las ONG conservadoras consiste en la curación de enfermos (sin atajar normalmente las causas de la enfermedad, que suelen encontrarse en la pobreza). Los ejemplos en este

² No podemos incluir aquí como necesariamente conservadoras a las grandes organizaciones que se dedican a las emergencias, aunque su trabajo es paliativo.

campo son amplísimos: asociaciones médicas, muy frecuentes en los Estados Unidos, que operan labios leporinos en sus vacaciones, otras que proporcionan tratamientos de lepra, o de enfermedades tropicales raras, como el noma africano. Todas acciones dignas de encomio, pero poco útiles para acabar con la miseria. La característica común es que se ocupan de lo que cualquier estado rico haría por sus ciudadanos.

Por el otro lado, las ONGD más progresistas abominan de este modo de trabajar. Su ideario está basado en el desarrollo sostenible y defienden un cambio de estructura económica que ataque las causas de la pobreza, no sus consecuencias. Su trabajo está basado principalmente en el proyecto de desarrollo³, que como método para combatir la pobreza tiene decenios de antigüedad. Durante muchos años se creyó que con ellos se podría lograr la erradicación de la pobreza, aunque fuera en áreas limitadas. Sin embargo, no es posible hablar vagamente de desarrollo: es necesario concretar qué funciona y qué no en los proyectos ejecutados por las ONGD.

En la ejecución de proyectos no siempre es posible ver diferencias entre ONGD progresistas y conservadoras. Las conservadoras ya han aprendido a usar el lenguaje políticamente correcto de las progresistas, por lo que los proyectos de las ONGD de los movimientos eclesiales más conservadores y los de los sindicatos izquierdistas o el Banco Mundial suelen ser bastante parecidos. Hay ONGD conservadoras que ofrecen desarrollo sostenible igual que las progresistas. Las ONGD progresistas siempre han querido distinguirse de las conservadoras, así como éstas últimas siempre han querido parecerse a las progresistas y por eso muchas imitan su lenguaje. Ni las unas ni las otras presentan objeciones ideológicas al microcrédito, la conservación de suelos o la construcción de viviendas que son promocionados con entusiasmo por gente de todo pelaje ideológico. Esta coincidencia se debe a que el proyecto de desarrollo, por su limitada eficacia es inofensivo para los poderosos: casi nunca implica un cambio de estructura económica, por lo que da lo mismo que lo ofrezcan unas organizaciones que otras.

Los proyectos ejecutados por las ONGD pueden estar dirigidos a atender servicios básicos, como salud, educación o vivienda, o bien bien a pro-

³ Dos tercios de sus gastos en 1996 fueron para proyectos de desarrollo, según datos de la Coordinadora de ONGD.

mover el desarrollo económico. Es en estos últimos donde se justifica la necesidad de debatir su pertinencia. La razón está en que los fundamentos sobre los que se basan no tienen en cuenta los cambios económicos que ha representado la extensión del neoliberalismo. Las ONGD progresistas defienden un método cuyos supuestos ideológicos no coinciden hoy en día con las necesidades económicas reales de los pobres. Las ideas progresistas buscaban distinguirse de la actuación de las conservadoras. Lo más fácilmente criticable de estas últimas era el asistencialismo de sus acciones y la falta de sostenibilidad, por lo que el desarrollo de las progresistas tenía que basarse en todo lo contrario: tenía que ser autogestionario, autosostenible y participativo, teorías bonitas que la realidad se encarga de refutar mostrando una tasa de fracaso altísima en los proyectos económicos. A medida que se ha ido comprobando la ineficacia de éstos, se han ido buscando remiendos o culpables políticamente correctos como la falta de participación, pero los resultados no han mejorado mientras los falsos pilares han permanecido intactos.

Las limitaciones que ofrece el proyecto proceden de varios mitos que la cooperación se ha encargado de crear. Esta forma de funcionar ha creado un agravio comparativo entre los sectores más desfavorecidos del norte y los pobres del sur. Asumiendo que la mayor parte de pobreza del sur es rural, y que en el norte son los agricultores los principales beneficiarios del gasto público, podemos establecer una comparación que afecte al sector agropecuario tanto del norte como del sur, para poder observar cuáles son los principales mitos y los agravios comparativos asociados:

Los éxitos son generalizables: que algunas ONGD hayan podido convertir a un campesino en empresario o un fondo rotativo en una institución crediticia exitosa no significa que sea posible conseguirlo en la mayoría de los casos. Lo normal es que los proyectos estén sujetos a la misma tasa de fracaso que cualquier actividad empresarial, sea del norte o del sur, que en cualquier caso es muy alta. La agricultura es especialmente sensible porque enfrenta condiciones mucho más difíciles que otros sectores de la economía. Si a esto añadimos que las ONGD trabajan con los más desfavorecidos, que suelen ser los menos preparados, y que además cuentan con pocos medios, es normal que la mayoría de ellos no aguanten la competencia del mercado después de que la ONGD intente insertarlos con su proyecto económico. Es decir, *la tasa de fracaso en la cre-*

ación de empresas viables es inevitable. En cambio, los agricultores del norte reciben un tratamiento cuyos fundamentos son todo lo contrario de los de las ONGD: permiten que se mantengan a flote *todos* aquellos que los reciben, no sólo aquellos a los que les funcionen bien los negocios o las cosechas.

Los proyectos económicos tienen que ser sostenibles: los pobres del sur tienen que conseguir que los números les cuadren. La razón que suelen dar las ONGD es que la ayuda no será eterna, y que por eso tienen que salir adelante solos. Esto tiene bastante fundamento cuando se trata de empresas del sector secundario o terciario. Pero no lo tiene en la agricultura: los países ricos hace decenios que reconocen que las empresas agrícolas no siempre son rentables, y cuando no lo son, todo el mundo está de acuerdo en mantenerlas a flote con subsidios, que sirven para mantener lo que no es sostenible por sí solo. Para eso se dan. ¿Por qué los proyectos para los pobres no lo admiten?

*los pobres del sur tienen que
conseguir que los números
les cuadren*

El pobre es el protagonista de su desarrollo: lo que en realidad significa es que el pobre es el responsable de salir de su pobreza. Se puede aplicar a

cuestiones de organización: para que el pobre del sur reciba beneficios, tiene que estar organizado con los otros pobres de su comunidad, con la cantidad de conflictos que trae consigo mantener estas estructuras. Además, tienen que gestionar sus servicios de crédito y sus centros de acopio de granos. Es bonito cuando se consigue, pero es un camino lleno de dificultades en el que se añaden más posibilidades de fracaso al tener que conseguir la colaboración y el acuerdo de toda la comunidad. Los agricultores del norte se limitan a recibir sus subsidios, sin condiciones previas.

La falta de reconocimiento de que el déficit crónico que enfrentan los pobres como consecuencia de su menor capacidad para la competencia no será fácilmente eliminado, así como las cargas organizativas que se les imponen en nombre de la participación, hace que los proyectos económicos fracasen una y otra vez. Las sociedades ricas asumen que sus agricultores pueden cobrar subsidios para compensar sus déficit, mientras que defienden para los pobres del sur proyectos autogestionarios y par-

ticipativos, visiones utópicas que esconden una exigencia hacia los pobres del sur de ganarse el pan sin esperar compensaciones que alivien su falta de competitividad. Sólo la buena fama de las ONGD, injustamente merecida si se trata de evaluar sólo el éxito de estos proyectos, permite la persistencia en el error. Además, cada éxito aislado que se produzca de vez en cuando, convenientemente publicitado, contribuirá a mantener la esperanza y a impedir los cambios en la forma de actuar.

Algunas ONGD han intentado solucionar este problema por otra vía: al entender la imposibilidad de conseguir el desarrollo esperando a que los pobres del sur creen empresas o explotaciones agrícolas viables y competitivas, han defendido el fomento de la subsistencia. Que el pobre se olvide de competir en el mercado, y que se desconecte de éste produciendo lo necesario para vivir en su parcela. Son los proyectos de agricultura ecológica, diversificación, conservación de suelos, etc. Representan un mito nocivo sólo cuando extienden la falsa idea de que esta es una vía hacia el desarrollo. Reconocen sus limitaciones cuando se presentan como lo que son: paños calientes que alivian pero no curan la pobreza.

La incidencia

El reconocimiento del alcance limitado de los proyectos como instrumento de cambio ha promovido el surgimiento del trabajo de incidencia. Se busca, por un lado, influir desde las ONGD en la gente que toma las decisiones, y por otro, el empoderamiento de los pobres como motor del cambio en su propia sociedad. Es un paso más, bastante prometedor, pero todavía poco predominante como forma de trabajo de las ONGD y que suelen usar las más potentes porque requiere muchos medios para conseguir las influencias políticas convenientes.

Tanto la incidencia como la promoción del empoderamiento compromete a las ONGD y sus contrapartes del sur en el trabajo político por la justicia. Para que el compromiso sea sincero, es necesario que las ONGD se impliquen plenamente junto con sus contrapartes en el cambio de las estructuras económicas y de poder. En las tumbas de los padres jesuitas en San Salvador podemos leer una frase que ilustra las consecuencias a las que es posible que tengan que enfrentarse quienes asuman esta implicación: «No trabajaremos en la promoción de la justicia sin que pa-

guemos un precio». Se puede pagar con la muerte en los países pobres cuando los poderosos respondan con ella a los intentos de arrebatárselos sus privilegios. Muchas ONGD ya han aportado su cuota en su lucha por la justicia en el sur. En el norte es más probable limitarse a sufrir un recorte en la asignación de fondos estatales cuando las opiniones emitidas no gusten al gobierno de turno. La transformación de la sociedad necesitará que las ONGD entren en el trabajo político, sin limitarse a observar desde la barrera, aunque esté lejos de ser una misión agradable. George Orwell, hace más de medio siglo, ya enunció la contradicción entre la necesidad de implicarse en la política y lo degradante y sucia que es.

¿Qué les demanda el público a las ONG?

Si trabajar por el cambio de estructuras se convierte en la diferencia fundamental entre dos grandes tipos de ONGD, conservadoras y progresistas, surge una cuestión de importancia: ¿de qué depende la radicalidad de estas organizaciones? Damos por supuesto que las conservadoras no están por la revolución. Pero, ¿qué pasa con las que sí proponen cambios? La respuesta puede estar en la relación entre las ONGD y sus asociados y colaboradores. Entre las organizaciones progresistas, podemos encontrar diferentes actitudes según su tamaño.

Las pequeñas ONGD son más libres para difundir ideas cuanto menos dependen de fondos oficiales. La radicalidad no suele estar limitada en ellas. Sí lo está la calidad de sus proyectos: aunque existe cierta percepción de que las pequeñas ONGD hacen un trabajo de calidad gracias a su cercanía con los beneficiarios, en realidad se esconde en muchos casos una falta de seriedad preocupante y unos conocimientos escasísimos sobre desarrollo. Hay mucho turista solidario, que cree que por pasar unas vacaciones de verano en un país ya dispone de los conocimientos necesarios para intervenir en la vida económica local.

Las grandes ONGD ofrecen una gestión profesional de la caridad de la gente que quiere dar su dinero. Sin embargo, los hay que están dispuestos a dar su tiempo a través del voluntariado. Es más frecuente que lo ofrezcan para trabajar por los pobres del norte, directamente, con organizaciones como Cáritas o la Cruz Roja. El trabajo voluntario para el sur, con las grandes ONGD, consiste casi siempre en la recaudación y en

Las ONGD en el norte. ¿Un compromiso limitado...

menos ocasiones se trabaja directamente con una ONGD para la elaboración o la ejecución de proyectos o para educación para el desarrollo, con un esquema de franquicia en el que desde la central se mandan los contenidos preparados. Pero, aunque estos voluntarios existan, la mayor parte de gente no está dispuesta a dar su tiempo. Prefiere dar dinero. Lo que la mayoría de ONGD ofrece, sea lavado de conciencia, caridad, o desarrollo sostenible, requiere poca participación de sus asociados.

Por quinientas pesetas al mes o por cien pesetas al día le gestionamos su caridad. Llevaremos agua a los pobres, les enseñaremos a leer o formaremos microempresas con microcréditos que darán microbeneficios. Nuestro compromiso con la justicia no irá mucho más allá, y en el caso de que sí vaya, usted no se va a enterar. Esta es el papel de las grandes ONGD mostrado por los medios de comunicación. Es cierto que el trabajo de incidencia que algunas realizan muy bien sí intenta superar estos límites, pero las propias organizaciones hablan poco de él. Ante todo, ofrecen compromiso limitado en cómodos plazos.

Quizá la razón está en que entre los asociados a ONGD progresistas se encuentra mucha burguesía conservadora, ahora llamada clase media. Quieren que su organización les ofrezca eficacia, pero limitando la radicalidad. La actitud de este público se puede leer a través de las palabras de Helder Cámara, cuando decía que le llamaban santo cuando repartía pan a los pobres y comunista

*la mayor parte de gente no
está dispuesta a dar su tiempo,
prefiere dar dinero*

cuando preguntaba por qué los pobres no tienen pan. Esta actitud limita a muchas organizaciones con profesionales dispuestos a llevar la denuncia social mucho más lejos que sus socios financiadores. La dependencia de los fondos estatales hace el resto.

La radicalidad asusta a los socios. Las organizaciones no les informan y educan de forma suficientemente clara como para que entiendan quiénes son los responsables de que la pobreza permanezca en el mundo, o bien lo hacen de forma restringida difundiendo mensajes complejos y comprometidos a través de medios de poco alcance, como la edición de libros, y dejan para la televisión mensajes insulsos y poco comprometi-

dos, mientras la derecha se encarga de difundir con su abundancia de recursos que el norte no tiene ninguna responsabilidad en la pobreza del sur.

Las ONGD progresistas no quieren culpar a las sociedades ricas. En vez de eso, presentan un mensaje de eficacia para que el donante se despreocupe: lo estamos haciendo tan bien que si nos dejan un poco más lo arreglamos todo. El optimismo de algunas organizaciones sirve como freno que evita reconocer nuestra impotencia para cambiar las cosas. Es políticamente correcto opinar que la sociedad quiere que la situación de los países pobres mejore y que sus ONGD lo están consiguiendo.

La cuestión es, entonces, cuánto cambio queremos. ¿Hasta llegar a cuestionar el estilo de vida de cada quien? ¿De qué se trata? ¿De dar las sobras? ¿Cuánto es lo necesario? La propaganda de las ONGD insiste en que para arreglar el problema ni siquiera lo va a notar su bolsillo. La caridad domiciliada y en cómodos plazos mensuales. Si de dar se trata, hay que ver cuánto. La derecha siempre ha sido partidaria de la caridad voluntaria antes que del impuesto distribuidor. La caridad voluntaria es más barata que pagar impuestos, esta ha sido siempre la estrategia de las grandes empresas en América Latina, donde se niegan a pagar impuestos progresivos, pero lo compensan haciendo pequeñas donaciones que les permiten además salir en la prensa. Esta actitud, salvando las diferencias, es la misma que a escala personal: una pequeña donación personal, ningún cambio en la sociedad.

¿Qué opinaría la gente si, en vez de ofrecer 500 pesetas al mes, tuviera que pagar más impuestos para que el estado dedicara el 0,7% de su presupuesto a la cooperación para el desarrollo? Una encuesta realizada en el País Vasco en 1995⁴, donde vive un pueblo con fama de solidario, indica que de un 57,7% que dice colaborar de alguna manera con los países pobres, un 44,4% estaría dispuesto a aportar el 0,7% de sus ingresos, mientras que el 45,9% de la muestra total se opone rotundamente. Aunque por poca diferencia, hay más gente opuesta que a favor de pagar más para el desarrollo. La generosidad (escasa) hacia las ONGD esconde la necesidad de dar muchísimo más. Apagada la llama del movimiento

⁴ Gizaker (1995) Estudio opinático actitudinal de la sociedad vasca ante la cooperación para el desarrollo. Citado en Las Organizaciones no Gubernamentales para el Desarrollo, editado por el Gobierno Vasco.

Las ONGD en el norte. ¿Un compromiso limitado...

para el 0,7%, el estado da lo mínimo. Nunca las cifras para cooperación habían sido tan bajas⁵. La responsabilidad de aumentar la ayuda a los países pobres tiene que ser del estado, pero la mayoría de la población no parece estar a favor.

La conclusión aparente es que es la sociedad la que actúa como freno. Se hará lo suficiente para acallar la conciencia y no se llegará más allá de lo necesario que pueda poner en peligro el bienestar de nuestra sociedad satisfecha. Las ONGD admiten esto. Entonces, ¿deben limitarse a ofrecer lo que la gente pide?

Las ONG y los movimientos sociales.

Tenemos unas ONGD conservadoras poco interesadas en denunciar el orden establecido, y unas ONGD progresistas con un método de trabajo de bajo impacto en lo que respecta a los proyectos y tibias en sus denuncias. No es extraño que ante este panorama exista una desconfianza creciente hacia las todas ellas, procedente de un sector de la sociedad más difícil de conformar. Es la que se pregunta para qué ha servido su aportación de años a las ONGD, y que ha pasado a formar los nuevos movimientos sociales como la RCADE, ATTAC⁶. y todos aquellos que se oponen a la globalización. Su militancia no es incompatible con la colaboración con ONGD, en ocasiones es complementaria. Son personas que han elegido una manera distinta de trabajar por el cambio.

Se está definiendo poco a poco una diferencia básica entre los movimientos solidarios y las ONGD: la creencia en la posibilidad de cambiar el mundo y el camino necesario para ello. Algunas ONGD se encuentran más cerca de ellos, mientras que otras desconfían. Las mayores no se avienen a sumar esfuerzos: prefieren sus celebraciones particulares antes que animar a sus colaboradores a sumarse a actos unitarios, lo cual no deja de mostrar un sectarismo lamentable.

⁵ Según datos preliminares del Comité de Ayuda al Desarrollo, España destinó a la Ayuda oficial al desarrollo en 1999 un 0,23% respecto de su Producto Nacional Bruto (...). Por primera vez en varios años España se sitúa por debajo de la meda ponderada de donantes del CAD (0,24%) y sigue estando muy lejos de la de los países UE (0,31%). La realidad de la Ayuda 2000-2001, Intermón Oxfam.

⁶ RCADE: Red Ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa y ATTAC: Asociación por un Tasa a las Transacciones financieras especulativas para Ayuda a los Ciudadanos. Sus páginas web son rcade.org y attac.org.

La fuerza de los nuevos movimientos antineoliberales ha preocupado a los gobiernos conservadores, que todavía viven ideológicamente de las rentas ofrecidas por la caída del muro de Berlín. Esta preocupación se ha manifestado en los intentos de los gobiernos para criminalizarlos, y mostrar una visión violenta de estos movimientos que no representa a la mayoría. La limitación de los derechos civiles tras los atentados del 11 de septiembre puede ser usada contra ellos en un futuro en el que cualquier oposición al sistema sea visto como antiamericanismo.

Su potencial radica en que por primera vez se encuentra una gran coherencia en los planteamientos contra el pensamiento único. Los tiempos de desorientación parecen estar terminando. La convergencia entre movimientos campesinos y sindicales y tanta gente corriente con un deseo sincero de mejorar el mundo es muy difícil, por la enorme complejidad de los problemas del mundo y la imposibilidad de encontrar soluciones sencillas. Participar para enriquecer los debates sobre el mundo que queremos es un precepto para quienes deseen un mundo mejor y libre de pobreza. Aunque paguemos un precio.